

Tomás Lago

Chillán, ciudad de sueño

La ciudad de Chillán ha cumplido cien años en su cuarta fundación.



HABLAR sobre una ciudad es reconstruir, en nuestra mente, una atmósfera, reunir con una espumadera los filamentos de esa atmósfera, mejor, y por un esfuerzo de síntesis, es volver a hacer la ciudad dentro de nosotros mismos con los elementos que de ella tenemos en la memoria o en el alma. Donde nacimos y aparecimos al mundo, donde crecimos y vivimos, toda la vida con sus referencias y dimensiones fundamentales; eso es Chillán para nosotros.

Hablar sobre una ciudad es poner en la punta de los dedos, ante nuestros ojos, precisamente debajo de la nariz y en un sitio determinado del aire, todas las cosas que integran esa ciudad. ¿Qué hace Dios al hacer una ciudad? ¿Cómo obran las potencias celestiales al crear estos cuadrángulos bullentes de la tierra? Es evidente que juntan, sacando de la nada, las diferentes

partes de la ciudad: sacan casas, calles, palizadas, árboles y plazas y ponen gente en ellos.

Incapaces de crear, una ciudad ideal para nuestra niñez y adolescencia, debemos juntar solamente—para reconstruirla—esos elementos de fósforo, que en nuestra imaginación ocupan un lugar definitivamente unido al nombre bisilábico y agridulce de nuestro pueblo.

Chillán habitado por seres de rostros conocidos. Hay que poner allí hombres, mujeres, niños y entre ellos, soldados, magistrados, comerciantes, profesores, huasos, bellezas profesionales, frailes y agitadores. Todos estos seres de caras y estampas disparejas, deberían entrar necesariamente en esta ciudad reconstruída por nosotros. Pero entrando muchos de ellos no veriais seguramente a los más indispensables, porque cada personaje salido de las pavesas del recuerdo, trae pegado a él por hilachas invisibles a otros seres injustamente olvidados, y éstos a muchos más.

La vida de un niño está toda rodeada de maravillas. Cada momento que pasa trae un milagro atonizante. No hay más que cerrar los ojos para palpar, oír, oler de manera reciente ese universo de fecha imprecisa, en el que vivimos cuando niños.

Para nuestros espíritus simples, por ejemplo, bastarían unos hilos telefónicos, tangentes a una temblorosa hoja de álamo, para hacer girar el tiempo hacia atrás, vertiginosamente.

Y es que ciertos sentimientos vitales no retornan sino a través de referencias conocidas, no vuelven a

nosotros sino siguiendo las sinuosidades—especie de carta marina—de un paisaje que vimos cierta primera vez.

Vivíamos en una ciudad geométrica, de cuadrado perfecto, trazada por Lozier, del norte al sur magnético. En su centro, en sus rincones es fácil, pues, para nosotros reencontrar la valencia cuadriculada de ciertas jerarquías sensoriales. Chillán, rigurosamente trazado a escuadra, se abanica con un ángulo de noventa grados. Para nuestros primeros recuerdos era como una alfombra en el espacio. Más allá de las avenidas era el mundo desconocido, se acababa bruscamente el mapa allí donde comenzaban las avenidas, vivíamos como encerrados en una campana de cristal. Caerse de Chillán era una pesadilla difícil de imaginar, pero ciertamente los elementos de esa pesadilla andaban como piezas sueltas adentro de nosotros. Salir de Chillán habría sido perder la forma y los pigmentos humanos, habríamos emblanquecido hasta el albinismo, enceguecido, habríamos perdido, una a una, nuestras nobles vértebras, y como un pollo que bruscamente cae en un mundo de patos, no habríamos sabido que hacer de nosotros mismos. Recuerdo lo que significó para mí, durante un largo período de mi vida, ir al centro a cierta hora de la tarde, fué esta una tiranía que llegó a hacerse angustiosa, hasta que comprendí que era esa la sola, la única manera de recobrar el equilibrio que tenía un alma incipiente, para soportar la espesura de la noche.

En la cúpula del edificio Prunés, el rostro litográfico

de Benjamín Franklin me sonríe aún detrás de un pesado cielo cargado de aguas. Quebrando moléculas allí llegan por segundos los rayos que forja la tempestad; lucientes, se entrechocan como cuchillos de Solingen, y se anulan, porque el pararrayos de la cúpula, el único inventado por Franklin y explicado por el profesor, cuya virtud antieléctrica conozco, está allí.

¿Por qué viven estas representaciones a través de los años?

Porque se alimentan de sentimientos puros.

Una viga carcomida, una torre inconclusa en el camino de la escuela algo nos dicen todavía, en su súbito lenguaje de madera y de ladrillo.

En una pared descascarada por el tiempo, un toro bicéfalo me mira con fijeza, cuando el sol llega a la altura de sus patas de barro, va a sonar la campana del café con leche, y seremos libres como nunca. Ya no hay clases hasta el otro día.

El caballo del Intendente
lleva carga y no la siente.

¿Quién hace las veces de caballo? El pasto de los canarios está florido y llena nuestras maletas de colegiales, pero esta vez el verdadero caballo del Intendente se lo come. Pensad también que le admirábamos tanto. Era sin duda un caballo de fábula, el caballo de don Vicente. Méndez Urrejola era también un Intendente de fábula. ¿Quién no recuerda esa figura de bo-

yardo, y su voz resonante, empinada y gubernativa? Hablando era el verbo mismo ordenando el caos. Para los chiquillos todo el símbolo de su poder estaba, sin embargo, en su caballo que era a las claras una cabalgadura de mandatario. Desocupado por su dueño, las bridas en el arzón, solo, cruzaba con digno trote las calles de Chillán, torciendo las esquinas con conciencia singular, llegaba hasta el Cuartel de Policía y golpeaba el portón con sus propias manos. Viviendo en un mundo particular no podíamos entonces establecer comparaciones, pero, hoy me parece lógico que pensásemos que cada Intendente tenía, como un privilegio de Intendente, un caballo sabio semejante. En un orden perfecto así debería ser.

El prefecto Arce, el comandante Garretón, el juez Rosende y el alcalde Solar, el poeta Poblete y la loca Cuadros. La justicia y la comuna, la poesía y la volubilidad femenina son. El Sinaí del pueblo era el cura Las Casas, orador sagrado; la demagogia popular, el curcuncho Carrasco.

Por mucho que hagamos no podemos quitarle su esencia a las cosas. El comienzo de la poesía como el comienzo del amor están allí. Entre la iglesia Matriz y los jardines de la Plaza de Armas, sólo un libro de Rusiñol. ¡Floridos dafnes pastoriles, columnas de cal y canto!

Sobre el corazón un eco de ligeros tacones resuena y sucede un desfile de muchachas de madrigal, con uniformes azules. Teresa, Marta, Lucía, Elena, María Li-

dia, sois hoy en día, sin duda, casi respetables señoras. Muchos de los que os amaron en verso a los quince años, van a ser próceres ilustres, pero ¡desconfiad! cada uno de ellos, estoy seguro, cambiaría sus investiduras y fortuna, por veros con aquellos ojos y amar como antes vuestros dulces rostros de durazno, porque la juventud ya no vuelve más.

En cierto modo la juventud es un dulce dolor de estómago, un dolor de estómago de vísperas de examen, y hojas verdes de primavera. En el liceo la primavera corresponde a los profesores de botánica. Hojas simples y compuestas, pareadas, lanceoladas, las papilionáceas y las lilífloras como a una orden de orquesta surgen sus tallos cuando don Narciso Tondreau lo quiere. El es quien legisla entre ellas. Nuestro Rector es quien discute con don Diego de la Noche, en un latín de oda de Horacio, la función exacta de los pistilos o el nombre científico de los chopos. Compañeros, siento que mañana sólo él podría darnos una primavera floreal efervescente y aguerrida, como aquéllas, una primavera botánica, amorosa, explicada, de brotes y de yuyos.

• • •

Cada cual lleva en sí sus propios sueños y si estos le aburren, con soñar lo contrario, basta. Es verdad que la vida inmortal la vimos volar en cruz desde los campanarios crepusculares de Chillán, que el viejo gallo de las películas Pathé, lanzó allí su primer canto, atre-

vido y antisonoro; aun arden con fuego funeral en nuestro pecho, baluartes ígneos, aerolitos, jabalinas, rodela romanas y las chinganas viejas con que nuestros alcaldes celebraban el 18. Pero todo va entrando en una atmósfera obscura, de semiolvido, iluminada apenas por un polvo sutil, como el que tienen encima las hojas de los lirios.

Ahora bien, si la misma fe católica ha visto, que en tres ocasiones distintas, un apóstol, un ángel y una virgen, príncipes del cielo, no pudieron salvar a Chillán de ser destruída, en adelante lo práctico es que cada cual se haga para sí una ciudad de sueño de bolsillo.